

## RÍO DE LUZ

### JEFES, HÉROES Y CAUDILLOS

ARCHIVO CASASOLA

Texto de Flora Lara Klahr

NOVEDAD

#### OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

*Víctor Flores Olea*

#### LOS ENCUENTROS

Presentación de Carlos Fuentes

*Nacho López*

#### YO, EL CIUDADANO

Presentación de Fernando Benítez

*Mariana Yampolsky*

#### LA RAÍZ Y EL CAMINO

Presentación de Elena Poniatowska

*Graciela Iturbide*

#### SUEÑOS DE PAPEL

Presentación de Verónica Volkow

*Miguel Rio Branco*

#### DULCE SUDOR AMARGO

Presentación de Jean-Pierre Nouhaud

*Héctor García*

#### ESCRIBIR CON LUZ

Presentación de Juan de la Cabada

*50 Fotografías*

#### HISTORIA NATURAL DE LAS COSAS

Texto de Álvaro Mutis

*Josep Renau*

#### FOTOMONTADOR

Presentación de Joan Fontcuberta

*Pedro Meyer*

#### ESPEJO DE ESPINAS

Presentación de Carlos Monsiváis



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

# Cine

ÁFRICA MÍA

## BOLETO PARA VIAJAR

*Por Susana López Aranda*

Este año, los Oscars de la academia hollywoodense, fueron de nueva cuenta repartidos con admirable congruencia.

El dedo de la fortuna suele ser tradicionalista, se arriesga poco y señala a sus favoritos con anticipación y un claro sentido de la mercadotecnia. Eso, desde luego, implica peligros de otra índole: las preferencias de los académicos y de los dólares que hay detrás, en muchas ocasiones no se han inclinado por lo mejor en términos de calidad, y no siempre han mostrado suficiente perspicacia para reconocer y premiar películas que realmente hayan importado en la historia del cine.

De omisiones como las de *El gran dictador* (Ch. Chaplin, 1940), *El ciudadano Kane* (O. Welles, 1941), *Soberbia* (O. Welles, 1942), *El ocaso de una vida* (B. Wilder, 1950), *Doctor insólito* (S. Kubrick, 1964), por citar algunas, y ya en años recientes, de obras como *Apocalipsis* (F.F. Coppola, 1979), *Blade Runner* (R. Scott, 1979) o *La ley de la calle* (otra obra maestra de Coppola, 1983), está empedrada la trayectoria del Oscar.

A pesar de ello, el trofeo sigue siendo noticia y codiciada retribución; pocos, muy pocos han tenido las agallas de rechazarla o desairarla.

No es pues de extrañar, que en la última ceremonia-show de entrega, junto a un benevolente autocoscórron por los olvidados del pasado, la voluntariosa estatuilla le haya vuelto a dar su desnuda espalda a lo magistral—*La rosa púrpura del Cairo*, no en balde Woody Allen es muy mal visto en la meca californiana del cine—, para elegir una vez más, lo meramente inteligente.

Sin sorpresas ni rivales de consideración, *Africa mía* fue la gran ganadora. 7

Oscars es una buena cosecha y la película, dejando de lado las exquisiteces, la merecía.

La fórmula, como una maquinaria bien aceitada, funcionó de maravilla y el público lo rubrica: "qué película, qué bonitos paisajes, qué actores". Las señoras piensan en lo lindo que debe ser vivir un romance así mientras sus acompañantes masculinos se interesan por el tema (en el mejor de los casos) o por las aventuras del héroe. Un poco para todos los gustos, en suma, un aceptable éxito.

No hay nada reprochable en todo esto. El hecho de que la tradicional fórmula hollywoodense—gran presupuesto, gran reparto, gran equipo, grandes temas y expectativas, gran espectáculo y en ocasiones, naturalmente, gran taquilla—trabaja todavía, no hace sino comprobar su eficacia. Si por añadidura la película es buena, mejor para todos.

*Africa mía* es un ejemplo acabado, elaborado de acuerdo a la mejor escuela de calidad de la industria fílmica estadounidense. Esto quiere decir que, aparte de que sus cualidades técnicas y su factura son inmejorables, posee además, la facultad de "hacer de película" lo que toca; valga el lugar común, de transformar cualquier realidad, en un sueño de la proverbial fábrica.

El proyecto de adaptar un libro a últimas fechas bastante popular, *Lejos de Africa*, reunía un oportuno aire de aventuras novelescas en lugares exóticos (dirigidas a un público de más edad que las producciones de Spielberg) que resurgió con *Un pasaje a la India* (D. Lean, 1984) y una estupenda oportunidad de lucimiento para los principales involucrados.

El punto de partida de la cinta es la novela autobiográfica de Karen (Isak, desde 1934 en los medios literarios) Dinesen, en la que la escritora danesa relata sus experiencias en Kenia, lugar al que llegó en 1913 a casarse, en un contrato de mutua conveniencia, con el hermano de su amante, su primo y amigo, el barón Bror von Blixen.

Karen, proveniente también de una familia aristocrática, va a Africa a hacer producir una granja de 6 mil acres adquirida por participación familiar. Decide plantar cafetos, pero sus tierras son demasiado altas y las cosechas, luego de una larga espera, son escasas. Los precios del café se desploman en el mercado internacional y al final, tras haber padecido una sífilis contagiada por su marido, divorciarse, encontrar el amor de su vida en el legendario aristócrata inglés

y aventurero Denys Finch Hatton, perderlo en un accidente de aviación y haber visto "la grandeza y la libertad", Karen se ve forzada a vender la granja y dejar Africa en 1931. Esos 18 años marcaron su vida, de regreso a Europa, Karen von Blixen se transforma en Isak Dinesen y se dedica a escribir.

Claro que para efectos dramáticos, el autor del guión se toma algunas libertades, por ejemplo, hace que Karen se encuentre con Finch Hatton apenas llegada, cuando en realidad lo conoció 5 años después; convierte a Denys en el iniciador de Karen en el quehacer literario al regalarle una pluma o resume los complicados problemas económicos de la granja en un destructor incendio. Del mismo modo, inventa bailes, desfiles y conversaciones, imagina y recrea el ambiente de la pequeña comunidad colonial de la época, del club, exclusivamente por hombres, de las granjas...

Asimismo, para completar el perfil de los personajes, el guionista echó mano de otros textos como el epistolario de la propia escritora, el libro de Errol Trzebinsky sobre Denys Finch Hatton y la biografía de Karen Blixen, de Judith Thurman. Kurt Luedtke efectúa un trabajo interesante, los diálogos sobresalen por su fina ironía y ligereza, a pesar de que la raigambre literaria del asunto resulte a veces demasiado evidente (la voz en *off* de Karen contándonos partes del libro "Yo tenía una granja en Africa...", no ayudan a disminuir la sensación).

Se encomiendan luego, los personajes centrales a nada menos que la superestrella femenina del momento, Meryl Streep, que además es una actriz fuera de serie, con método y especialista en encarnar papeles difíciles, y a Robert Redford, uno de los pocos galanes cuya aura romántica aparece respaldada por una mirada en la que puede verse el brillo de un cerebro en movimiento.

La elección, si bien obedece fundamentalmente a cuestiones de rentabilidad, es también un factor determinante para el rumbo general de la empresa. El parecido físico con los personajes reales es innecesario y sería insuficiente, Streep y Redford representan algo más: son ideales no sólo estéticos sino arquetípicos. Ella, la mujer de coraje, inteligencia y complejidad, un buen modelo para este siglo; él, el apuesto héroe con cierta proclividad a la soledad y a la vida natural.

*Africa mía* desde el inicio, juega sus cartas no por la reconstrucción realista, ni por la adaptación al pie de la letra,

mucho menos por una visión crítica, así fuera tangencial, del colonialismo, sino declaradamente por la ficción romántica: Karen a punto de ser atacada por una feroz leona, es salvada providencialmente por Denys que aparece de pronto, de la nada; el safari que emprenden juntos, dándose por cierto, una envidiable gran vida -vino en copas de cristal a la luz de la luna, manjares y sirvientes negros- es el preludio a su primer encuentro carnal...

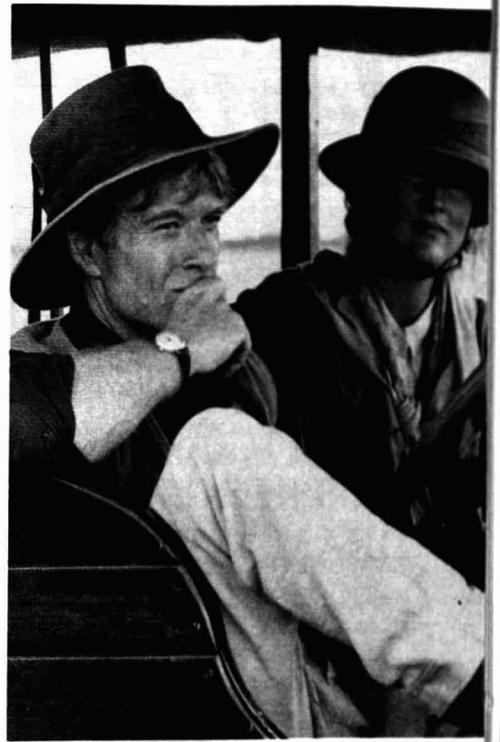
La idílica Africa del filme presta sus paisajes, su fauna y su gente con un espléndido telón de fondo a los amores de estos dos privilegiados.

El continente que describe (y siente) Dinesen, esa sencilla grandeza con que habla de la libertad, del aire, del espacio africanos, su apasionado interés por sus habitantes (el fascinante Kamante del libro queda en el filme prácticamente nulificado), su amplia mirada que en buena medida lima las asperezas de su condición de conquistador blanco y magnánimo, el absorbente trabajo de la granja, es decir, todo el mundo literario de la escritora, no escapa de pagar su tributo en aras del *show business*.

Si durante la primera mitad, la película alcanza momentos que van más allá de la aplicada ilustración y se desliza con una impecable solvencia narrativa, al plantearse el nudo, el asunto desemboca en un convencional *boy meets girl* al más añejo estilo estadounidense. La segunda parte intenta ser sublime (y la secuencia del vuelo casi lo logra), pero ni las situaciones ni los caracteres progresan. No obstante los desplazamientos físicos y los diversos desenlaces, se tiene la impresión de estar viendo sólo variaciones de la misma escena y de que aquello parece que no tiene para cuando acabar.

La verdad es que cuando termina, uno sale con la íntima convicción de que el director se tomó demasiado tiempo, que el vapor se le agotó demasiado pronto y de que quizá no fue la persona idónea para sacar adelante la empresa. En parte, es cierto.

Sidney Pollack es un realizador de sólido oficio que resuelve todo con absoluta corrección. Es un hombre inteligente que ha dado muestras de talento y ha logrado sostener su reputación, con los altibajos de rigor, a lo largo de una carrera que reúne varias películas excelentes. *Baile de ilusiones* (*They Shoot Horses, Don't They?*, 1969), *La ley del talión* (*Jemiah Johnson*, 1972), *El jinete eléctrico* (*The Electric Horseman*, 1979) y *Tootsie*



(1982) sobradamente lo sostienen. Empero, la diversidad de su obra, lo variado de los temas y géneros que aborda, hasta ahora no le han facilitado la tarea de forjarse, si es que realmente es capaz, un estilo, un sello personal. *Africa mía* no fue la película con la que pudiera conseguirlo.

Fuera de su país y su ambiente, Pollack, aunque no pierde el control, tampoco acierta a encontrar la forma de comunicar el aliento épico que la cinta requería. Tal vez un David Lean, experto en casos como éste que inclusive pensaba llevar a la pantalla, sí hubiera alcanzado el tono; de cualquier manera, *Africa mía* obliga a recordar al veterano director y a valorar mejor su a veces no reconocida fuerza.

Tan lejos de Africa y tan cerca de Hollywood...

Aunque no se trata de una obra maestra, *Africa mía* con sus Oscars a cuestas, es un producto que cualquier cinéfilo o gente de razón agradece. En un momento como el que nos ha tocado sufrir y con engendros de cepa reaganiana como *Rambo II*, *Sol de medianoche*, *Rocky IV*, un signo de cordura resulta muy gratificante. ◊

*AFRICA MIA (Out of Africa)* P: Sidney Pollack, Mirage Enterprises, Universal Pictures / D: Sidney Pollack / G: Kurt Luedtke, basado en la novela de Isak Dinesen, *Silence will speak* de E. Trzebinsky y *Biografía de Karen Blixen*, de Judith Thurman / F: David Watkin / M: John Barry / Ed: Frederick Steinkamp, William Steinkamp, Pembroke Herring, Sheldon Kahn / Con: Meryl Streep, Robert Redford, Klaus Maria Brandauer, Michael Kitchen, Malick Bowens, Joseph Tsika / Dur: 220 mins. / EU, 1985.